

## EL AÑO SANTO DE 1925 EN LA CAPITAL DEL CRISTIANISMO

(POR FRANCISCO NAVESÓ MARRUPE)

La Víspera de la Natividad del Señor el Papa Pío XI ha inaugurado solemnemente en Roma el Año Santo, que durará hasta el día 24 de diciembre próximo. La puerta santa ha quedado abierta en las cuatro basílicas patriarcales de san Pedro, san Pablo, san Juan de Letrán y santa María la Mayor para dar paso a la cristiandad que de todos los ángulos de la tierra, atravesando los mares y las montañas y superando todas las barreras, se encamina a Roma por infinitas sendas, impulsadas por una sola fe y una misma esperanza de regeneración.

La humanidad, deseosa de purificarse de sus culpas, entra guiada por el Papa, Supremo Pastor, en la casa de Dios para implorar perdón de los pecados y su perfecta reconciliación con el Señor.

En este año la Iglesia pone generosamente a disposición de los fieles los grandes tesoros espirituales acumulados por los méritos de la pasión del Redentor, los de la Virgen María y de todos los santos, y concede indulgencias especiales a condición de que se visiten un determinado número de veces las cuatro basílicas patriarcales de Roma. Se concede en primer lugar indulgencia plenaria, o sea remisión completa de la pena temporal debida por los pecados; se otorgan también indultos especiales para la absolución de pecados reservados, irregularidades, etc., y finalmente, disfrutan los fieles que acuden a Roma todas aquellas gracias extraordinarias e inspiraciones hacia el bien que suelen ir anexas a las grandes manifestaciones piadosas.

Tal vez sean estas gracias extraordinarias los mejores efectos de la peregrinación a Roma con motivo

del jubileo. El cardenal Wiseman, refiriéndose al de 1825 en una conferencia polémica contra los protestantes decía: «Yo desearía que hubieseis visto aquellas filas numerosas de los que se acercaban a la sagrada mesa, asediaban los confesonarios y rodeaban los altares; yo desearía que hubierais visto cómo se restituía lo mal adquirido y cómo se convertían los pecadores más obstinados. Entonces hubiérais comprendido por qué hombres y mujeres hacen esta larga e incómoda peregrinación» . . .

El peregrino pisa en Roma las arenas que un día regó la sangre de los mártires; palpa las pisadas que recogieron el cuerpo exánime de los confesores de Cristo; aspira la fe que todavía palpita en los monumentos y siente que le rodea y le atrae toda una generación y un mundo entero de sublimes caminantes que llevaron la imagen del Crucificado esculpida en su corazón y fueron testigos de aquella fe que tiene raíces en toda la tierra, y en el más humilde desconocido tiene un defensor.

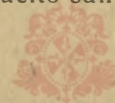
ORIGEN DEL JUBILEO. Esta palabra, de incierta etimología hebrea, significaba en el Antiguo Testamento el año «sabático» o de la remisión.

En el capítulo XXV del libro del Levítico, Dios ordena a Moisés que se santifique «el año del Señor,» y en cumplimiento del divino mandato los israelitas celebraban cada cincuenta años, o sea pasadas siete semanas de años, el año sabático o jubilar, en el que se perdonaban a todos sus deudas y recuperaban las tierras vendidas sus antiguos poseedores. Moisés había mandado además que el año de la remisión no se vendimiese ni se recogiesen las mieses con excesivo cuidado, a fin de que los restos de la recolección quedaran para los pobres, a los que correspondían también du-

rante dicho año los frutos espontáneos de la tierra. Entre los paganos existía la tradición inmemorial de que el año centenario era de perdón y de paz, y Virgilio, en *La Eneida*, lo llama año de quietud y de espiritual reposo. Los romanos guardaban la costumbre de celebrar cada cien años la fundación de Roma con los llamados *ludi saeculares*, en los que se ofrecían sacrificios a Apolo y a Diana.

No podemos precisar hoy si el año jubilar de la Iglesia católica tiene su origen en la costumbre hebrea o en la tradición pagana, ni tampoco han podido fijar los eruditos la fecha del primer jubileo cristiano.

Según algunos, el año 246 el Emperador Felipe I convirtió la solemnidad pagana de los *ludi saeculares* en ceremonia cristiana, para honor y gloria de Jesucristo. Otros aseguran que el año 1000, bajo el pontificado de Silvestre II, se celebró el Año Santo, y lo deducen de que se hallaron entonces presentes en Roma el Emperador Otón III, Canuto, rey de Dinamarca, y muchos otros príncipes y personajes principales de la cristiandad. Olimpio Ricci escribe: «Por lo que se deduce de las historias, parece que antecedentemente (al año 1300) debió existir alguna institución de año centenario para la adquisición de indulgencias, ya que en la *Historia de la Virgen de Monte Santo* está escrito que, habiendo caído el fundador de aquel santuario en un pecado sensual, fue en peregrinación a Roma el año de las indulgencias, y dicho santuario había sido fundado setecientos años antes de que Bonifacio VIII fuera elevado al solio pontificio. . . En confirmación de lo cual refiere san Antonio que el año 400 vino de Francia a Roma para ganar las indulgencias una señora muy principal, viuda, trayendo consigo a su hijo único, que se le murió el segundo día de Pascua, y se lo resucitó san Cenobio,



obispo de Florencia, cuando se dirigía procesionalmente con otros muchos clérigos a la iglesia de san Pedro. Obró Dios tal milagro por mediación de este santo para quitar a la madre del joven toda ocasión de pesar por su venida a Roma y para dar a conocer a la vez que había sido agradable a Su Divina Majestad el ánimo devoto con que la buena viuda había hecho esta santa peregrinación.»

Con todo, el primer jubileo de que se tienen noticias ciertas es el que se celebró el año 1300, siendo Pontífice Bonifacio VIII. El cardenal Gaetani, sobrino y contemporáneo del Papa Bónifacio, escribe así en su tratado *Del año centenario o jubilar*: «Al acercarse el año de la salutífera Encarnación, 1300, cundió en Roma y en otros lugares la fama de que aquellos que en el siguiente año visitasen la basílica del Príncipe de los Apóstoles obtendrían grandes indulgencias. Y como tales voces llegasen a oídos del Papa Bonifacio, dio éste órdenes apremiantes para que se buscase en los archivos vaticanos alguna memoria, si la hubiese, de tan extendida suposición. Pero todas las pesquisas fueron inútiles.»

En los primeros días de enero del 1300 una multitud innumerable de toda clase de personas, hombres y mujeres, acudió de todas partes a Roma y, según narra Guillermo Ventura, cronista de la época, se apiñaba en la plaza de san Pedro, gritando a pulmón lleno: «Oh, Santo Padre, dadnos tu bendición antes de que nos coja la muerte... Sabemos por nuestros abuelos que aquel que el año centenario visite los cuerpos de los santos Apóstoles queda libre de culpa y de pena...»

El Papa Bonifacio veía con agrado esta devoción del pueblo y la favorecía, pero se resistía a promulgar oficialmente el jubileo. Entonces le fue presentado un

anciano de ciento siete años, que había venido a Roma desde las montañas de Saboya, y que en presencia del Papa y de varios testigos dijo: «Yo me acuerdo que el pasado año centenario mi padre, que era campesino, vino a Roma y esuvo aquí para ganar las indulgencias todo el tiempo que le duraron las provisiones que trajo; él me advirtió que no dejase de venir, al futuro año centenario, si aún vivía, cosa que él no creía posible...» Como algunos de los presentes preguntasen al viejo montañés el motivo de su venida a Roma, respondió que aquel año se podrían ganar cien años de indulgencia cada día.

Otros ancianos de más de cien años habían acudido a Roma alentados por la misma tradición que recibieron de sus mayores y así fueron presentados al Papa dos ancianos franceses de la diócesis de Beauvais, que también aseguraron haber oído de sus padres grandes cosas de las indulgencias que se ganaban en Roma todos los años centenarios. También fue presentado al Papa un eremita español, pariente de santo Domingo de Guzmán, que juró ante el Pontífice haber asistido o otro jubileo cien años antes. De dicho eremita escribe Flamínio en la vida de santa Catalina lo siguiente:

«Por aquel tiempo existieron también tres parientes suyos (de Santo Domingo), semejantes a él, dos de los cuales vivieron en la Orden de Predicadores con gran elogio; el tercero hizo vida eremítica y, cuando tenía quince años, vino a Roma el año del jubileo; pasados cien años volvió a otro jubileo y delante de Bonifacio VIII, Pontífice Máximo, juró que había asistido al jubileo anterior. De vuelta en España acabó su vida felizmente...»

Movido el Papa Bonifacio por la concordia de semejantes testimonios, todos ellos de mayor excepción, con el voto del Sagrado Colegio de Cardenales, decidió

legalizar y reforzar la tradición, consagrando oficialmente al Señor el último año de cada siglo. Por la bula *Antiquorum habet* concedía perdón general de todas sus culpas a aquellos que visitasen treinta veces, si eran romanos, y quince veces, si peregrinos, las basílicas de los apóstoles Pedro y Pablo en Roma.

El período de cien años que, según la Bula de Bonifacio VIII, debía mediar entre cada dos jubileos, fue reducido a cincuenta años por Clemente VI con su constitución *Unigenitus*, en 1343; Urbano VI, en 1389, redujo dicho período de treinta y tres años, tiempo de la vida de Jesús con la constitución *Salvator noster*, y, finalmente, Paulo II, en 1470, por la constitución *Ineffabilis*, estableció que se celebraran los jubileos cada cuarto de siglo, o sea cada veinticinco años, como se vienen celebrando desde 1475, hasta ahora. No se han celebrado los jubileos correspondientes a los años 1800, 1850 y 1875, a causa de las graves circunstancias que entonces atravesaba la Santa Sede.

LA PUERTA SANTA. El rito de la apertura de la Puerta Santa no es contemporánea de la institución oficial del jubileo, pues mientras que ésta se remonta, como hemos visto, a los tiempos de Bonifacio VIII, la formalidad de entrar en las basílicas por una puerta, tapiada ordinariamente, que se abre sólo durante el Año Santo, fue introducida por el Papa español Alejandro VI, en el jubileo del año 1500. Corrió entonces el rumor de que en jubileos anteriores se había abierto en la basílica vaticana una puerta destinada exclusivamente a que entraran por ella los peregrinos, y el Papa ordenó que se viera si en realidad existía la puerta en los muros de la fachada de la basílica, pero no se encontró rastro alguno. Entonces Alejandro VI ordenó que se abriera a la entrada de san Pedro una nueva puerta,

adornada con mármoles y esculturas, que se abriría sólo los años de jubileo.

La actual puerta santa de la basílica vaticana es la última a la derecha, conforme se entra en el atrio del templo. Sobre ella hay un mosaico que representa al Redentor, y diversas lámparas conmemorativas de los años santos ya celebrados. Como tales lámparas son demasiado numerosas en dicho lugar, sólo se conservan las de los jubileos más recientes; las demás están empujadas a lo largo de la escalera que conduce a la cúpula de la basílica.

APERTURA Y CLAUSURA DE LA PUERTA SANTA. La ceremonia con que se inicia litúrgicamente el Año Santo es la apertura de la puerta santa en las cuatro basílicas patriarcales que han de visitar los fieles que deseen ganar las indulgencias del jubileo. En san Pedro es el Papa el que abre la puerta santa; en las demás basílicas las abren tres cardenales designados para el caso.

La ceremonia de la apertura de la puerta santa se celebra en san Pedro en la siguiente forma: el Papa, en silla gestatoria y rodeado de los cardenales, obispos y prelados y de toda la corte pontificia, se dirige desde el palacio Vaticano al atrio de la basílica, y, llegado allí, toma asiento en un trono previamente instalado ante la puerta santa, se ciñe un mandil blanco y desciende seguidamente del trono, adelantándose hacia la puerta santa con un cirio encendido en la mano izquierda. Ante la puerta el Papa entrega el cirio a un cardenal diácono y toma de manos del cardenal penitenciario de la basílica el famoso martillo de oro, con el que da tres golpes sobre la pared que cubre el vano de la puerta, recitando apropiados versículos de los salmos. Después entrega el martillo, vuelve a tomar el cirio encendido, y va a sentarse mientras que la pared cae.

Antiguamente, después de dar los tres martillazos en la puerta santa, el Papa, acompañado de todo su séquito, entraba en la basílica por la puerta central, y asistía al canto solemne de Vísperas, dando tiempo a que los albañiles echasen abajo la pared y se llevasen los escombros; pero actualmente el Papa, sentado en el trono, entona el salmo *Jubilate Deo omnis terra*, que se canta mientras que los *sampietrini* (obreros empleados todo el año en el servicio de la basílica) hacen caer rápidamente sobre un carretón la pared, que previamente ha sido cortada en todo su contorno. Quitada la pared, los padres penitenciarios de la basílica lavan con esponjas de agua bendita el umbral de la puerta, después de lo cual el Papa baja de su trono, y llevando en la mano izquierda un cirio encendido, y en la derecha la cruz papal, se aproxima a la puerta santa, y de rodillas en el umbral entona el *Te Deum*. Al segundo versículo se levanta y entra en la basílica, seguido de su séquito y de los fieles que han asistido a la ceremonia. Las campanas de san Pedro y las de todas las iglesias de Roma inician entonces un repique general, anunciando que el Año Santo ha comenzado. El Papa da la bendición apostólica al pueblo y manda que un cardenal diácono promulgue la indulgencia plenaria.

LA CLAUSURA. Para cerrar la puerta santa, en señal de que el año de jubileo ha terminado, el Papa baja a san Pedro acompañado de los cardenales y de la corte pontificia, y después de orar ante el altar de la Confesión, se dirige, en procesión hacia la puerta santa, por la que pasa el último y sólo al atrio. Una vez en éste, toma asiento en un trono, mientras los obreros disponen lo necesario para tapiar la puerta. Cuando todo está dispuesto, el Papa bendice los ladrillos y la cal, y los rocía con agua bendita, se ciñe des-

pués un mandil blanco, y puesto de rodillas recibe de mano del cardenal penitenciario mayor la paleta de oro, con la que echa tres veces cal en tres puntos del umbral de la puerta, primero en el centro, después a la izquierda y por último a la derecha. Luégo coloca por el mismo orden tres ladrillos sobre los montones de cal, y, después de bendecir la puerta tres veces, vuelve al trono y se lava las manos.

Detrás del Papa, el cardenal penitenciario coloca en la puerta otros tres ladrillos, dos a la derecha y uno a la izquierda de los puestos por el Papa, y, finalmente, cuatro penitenciarios de la basílica ayudados por obreros, terminan de construir rápidamente el muro que cierra la puerta santa.

El Papa entonces, levantándose, recita las últimas oraciones y entona el *Te Deum*.

El martillo de que se ha servido Pío XI para la apertura de la puerta santa y la paleta que usará para cerrarla han sido costeados por suscripción entre los fieles y son de marfil y oro macizo cincelado, con esmeraldas, perlas, rubíes y otras piedras preciosas. El martillo tiene 23 centímetros de largo y 24 de ancho, y la paleta mide 30 centímetros de longitud. Ambos objetos ostentan repujados ramos de oliva y el escudo del Papa.

Verdaderamente el año jubilar ofrece a todo espíritu reflexivo un espectáculo de tan maravillosa grandeza y de tal importancia en la vida de la sociedad, que bien merece que fijemos todos en él nuestra atención. Roma, la antigua, señora del mundo, odiada por todos los pueblos oprimidos, es hoy la meta a que tienden el anhelo y la fe de la humanidad que se siente redimida por Cristo. Hoy, como ya lo hacían los pri-

meros cristianos para confortarse en la fe, de las regiones más remotas acuden a Roma millares de creyentes con el doble objeto de venerar lugares en que los apóstoles «sellaron con la sangre su doctrina,» y de rendir homenaje a la cátedra «en que vive el poder y se concentra la autoridad de Pedro.» Y la puerta santa se abre ante el mundo como un símbolo de unión y de esperanza.

(De *Lecturas*).

---

## DON FELIPE TEJERA

---

(Continuación)

*Triunfar con la Patria* es un drama en cuatro actos y en verso. La escena pasa en Caracas por los años de 1812 a 1813. En el primer acto se cuenta la trágica muerte de don Francisco Salías, personaje histórico de la guerra de independencia y amante de Sofía, a quien el conde don Juan de Villa-Rica, su padre, trata de casar con el joven marqués Ernesto Portocarrero. Llegado éste a casarse, sale de noche a ver la ciudad, piérdese en ella, y sorprende casualmente la conversación de una dama que con grandes muestras de dolor cuenta a otra cómo su amante (que no era otro que Salías) al visitarla aquella noche, cayó herido de imprevista muerte. Compadecido Portocarrero, ofrécese a sacar el muerto de la casa y lo deja en la calle. La señora dice que se llama Elvira Mármol; Portocarrero encubre su nombre con el de Diego Alvarado.

Refiérese en el acto segundo cómo se ha descubierto que el matador de Salías es un joven de cuenta a quien, aun siendo español, se encarcela por medida política. Cuando Portocarrero llega a ver a su novia reconoce en ella a la fingida Elvira Mármol, y Sofía se admira de ver al que la había salvado de la des-